

¿QUÉ RESURRECCIÓN VIVIMOS?

(Tercer domingo de Pascua)

Salmo 116,1-3.12-19; 1Pedro 1,17-23; Hechos 2,14a.36-41

Lucas 24,13-35

(Pedro Zamora)

¿Es que hay varias resurrecciones?

La interrogación del título de este sermón viene a cuento no del acontecimiento objetivo, que sólo pudo ser uno, sino de su vivencia subjetiva por parte de quienes seguimos a Jesús. Es decir, si bien Jesús resucitó, y esto es un acontecimiento único, nosotros podemos vivirlo (o interpretarlo), de distintos modos.

Por ejemplo, podemos vivir la resurrección de Jesús como una demostración o apología de su divinidad y de su verdad única; o quizás como demostración de que hay una vida más allá de la muerte. También podemos vivir la resurrección como ejemplo de triunfo y esperanza: nada hay que temer aquí en la tierra ni nada más allá. La vida del creyente debe ir de 'triunfo en triunfo'

Nada tengo que objetar a tales vivencias de la resurrección, a menos que se vivan como la experiencia fundamental. En efecto, yo creo que la resurrección de Jesús nos lleva a un seguimiento que va más allá del triunfalismo o de la esperanza en otra vida. Y para abordar mi postura, vamos a seguir el conocido texto del *Caminino de Emaús* de Lucas.

¿Qué nos dice el relato de Emaús?

¿Qué fue lo primero que hizo el resucitado?

Según Lucas, lo primero que hizo Jesús al resucitar fue CAMINAR. Y no poco, puesto que si recorrió los sesenta estadios (once kilómetros) con los de Emaús, pudo estar tres horas caminando, quizás dos si iban a buen ritmo, cosa dudosa si estaban enfrascados en una buena conversación, como así parece (vv. 17-27).

Y caminó para hablar con dos discípulos no conocidos hasta ahora, como vemos por el nombre de uno de ellos, Cleofas. Es decir, se trataba de dos discípulos del amplio grupo de seguidores de Jesús, y no de los doce apóstoles. Y es posible que

se tratara de dos discípulos desencantados que regresaban a su pueblo natal, a tenor de lo que dicen en los vv. 21-24, pero especialmente el v. 21.

Lo interesante de este encuentro es que sus ojos estuvieran velados “para que no le conociesen” (v. 16). O sea, que se quiere evitar deliberadamente que reconozcan a Jesús, y así mantener una conversación no mediatizada por el acontecimiento de la resurrección.

Así las cosas, yo me pregunto qué habría hecho yo de haber resucitado como Jesús. Y la respuesta la tengo muy clara:

- 1.- “Encargarme” de quienes me sentenciaron a muerte y de los ejecutores de la pena;
- 2.- Mostrarme a los míos con todo el poder de la resurrección.

A este respecto, recordemos que el texto de Hechos, concretamente 2,36 afirma que Jesús, el resucitado, recibió el señorío universal:

Sepa pues, ciertísimamente, toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

Mateo 28,18 es, si cabe, más contundente:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

Así pues, el resucitado tiene en su mano un poder absoluto y universal. ¿Pero qué hizo Jesús? Pues lo dicho, caminar por unas tres horas, quizás con quienes creyó que necesitaban de su acompañamiento.

Por tanto, parece que Jesús no vive su resurrección como reivindicación de su muerte injusta, ni como demostración de nada, ni como aliento al triunfalismo. Se diría que este resucitado no es muy distinto del Jesús que ya conocíamos antes de la cruz. De hecho, ahora que tiene más poder, es cuando vela los ojos para que no le reconozcan ...

Pero ¿no usa Jesús algún poder con estos dos discípulos para alentarles?

Enfrascados en la conversación, nos cuenta el evangelista que:

[...] comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. (v. 27)

Los propios discípulos reconocerán más tarde (v. 32) que había un poder especial en esta conversación sobre las Escrituras:

¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?

¡Interesante primera conclusión!: el resucitado, el que ha sido proclamado Señor de señores, NO RECURRE A MÁS PODER QUE EL DE LA PALABRA. (Entiendo por Palabra, esa interacción viva entre Escrituras – Señor - Discípulos).

Pero creo que el relato nos habla de un segundo poder:

Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo:

- Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado.

Entró, pues, a quedarse con ellos. ³⁰ Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. ³¹ Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista.

Sí, ES EL PODER DEL SACRAMENTO: la memoria de un acto que les trajo a su mente al Señor. Pero recordemos, no es un signo 'muerto', un signo por el signo. El signo, el sacramento, se da en el seno de una comunidad hospitalaria que ha acogido al extraño; en este caso, a Jesús.

Conclusión

Se puede afirmar, sin ningún género de duda, que el resucitado ha recurrido al poder de la debilidad, quizás incluso más que antes. La debilidad de la Palabra y el Sacramento. Y los considero 'debilidad' porque ninguno de los dos tiene una fuerza para imponerse sin más. Las Escrituras no pueden compararse con el Señor mismo, del mismo modo que el signo nunca es tan real como la realidad a la que apunta. Por tanto, comparativamente son 'debilidad'. Y sin embargo, son los "medios de la gracia" (que dice la teología reformada) empleados por el propio resucitado nada más recibir toda potestad. De hecho, es sobresaliente la apostilla del v.31: "mas él desapareció de su vista" en cuanto los discípulos le reconocieron. Es decir, Palabra y Sacramento deben bastarnos.

Y a los discípulos de Emaús les bastó, porque de ellos recibieron la fuerza para levantarse "en la misma hora" (v. 33), esto es, nada más llegar y reconocerle, y por tanto la misma noche de su llegada, y volver a Jerusalén, retomando seguramente la misión que habían abandonado. Por eso, comparten la buena noticia de la resu-

rección con el resto de discípulos ahora con un alborozo que no era el que tenían en el camino a Emaús.

No vivamos nuestra fe con los ojos puestos en acciones espectaculares y en liberaciones fabulosas (¡pero alabemos a Dios por ello, si nos lo concede!), sino con los ojos puestos en la Palabra y los Sacramentos vividos en la comunidad de fe que acoge al otro, sea quien sea éste.